

EL ENCUADERNADOR GALVÁN

LA FORMACION DE UNA BIBLIOTECA EXIGE MAS CUIDADO Y AMOR QUE NINGUNA OTRA COLECCION

De las profesiones artísticas relacionadas con la decoración, pocas hay que tengan tanta raigambre y gloriosa tradición como la encuadernación



UNO va a Cádiz, y pregunta por Galván, y la gente se hace lengua hablando, muy requetebién, de este artesano popular y famosísimo. Galván, el encuadernador de la máxima categoría, está aquí considerado como el primero, el mejor, el artífice máximo. Pero resulta que uno va a Barcelona, en estos días, y se reúne, por cuestiones que no hacen al caso, con los más destacados encuadernadores catalanes y extranjeros. Y todos, absolutamente todos, hablan de Galván, señalándolo como uno de los primeros encuadernadores de Europa. Entonces, uno, que estaba deseando entrevistar al señor Galván, va a Cádiz y le dice que, por favor, conteste a unas pocas de preguntas. Sonríe el buen señor. Y acepta. Bueno, la verdad. Aceptó, en primer lugar, porque el alcalde de Cádiz, mi querido amigo

Jerónimo Almagro, así se lo pidió cuando me acompañó hasta el taller artesano. Luego, ahora, cuando he vuelto, me hice acompañar por mi entrañable doctor don Antonio Cortés. Y todo ha ido sobre ruedas.

—Señor Galván, ¿hablamos de la bibliofilia?

—Hablemos, hablemos. Entre las nobles pasiones que desde siempre han poseído las personas de buen gusto al interesarse por las obras de arte y constituir colecciones, la bibliofilia tiene, sin duda, un puesto de honor.

Está en su taller. Lo tiene instalado en el Cádiz exterior, en San Severiano, en la avenida de Lebón. Goza el artesano aquí de perfecta claridad y espacio. En el taller, maquinaria, materiales y herramientas propias de la tarea manual que

se realiza: guillotina, prensas, cizallas, pieles curtidas, pergaminos, bruñidores, etcétera. Pero uno, que lo observa todo, o casi todo, contempla que lo que verdaderamente cuida el señor Galván y sus hijos con la mayor satisfacción son los útiles del dorado y decoración. Es algo así como el «sancta sanctorum» del taller, en el que abundan los «hierros» de variados estilos: el mudéjar, con su característico cordoncillo; el aldino, de fondo macizo; hierros «grolieri» azurados, volutas tipo «du Senil», los «deromes» del XVIII, «Imperios» de laureles y meandros, románticos, floreales y modernos.

—Veamos, señor Galván, ¿cómo debe formarse una biblioteca?

—La formación de una biblioteca exige más cuidado, perseverancia e incluso más amor que ninguna otra colección de cuadros, objetos raros o muebles de arte. Ella es, sin duda, el signo exterior que prueba más —aunque sea el más discreto— el grado de cultura del ser humano de todos los tiempos; pero para un verdadero bibliófilo el libro no existe en verdad mientras no está encuadernado.

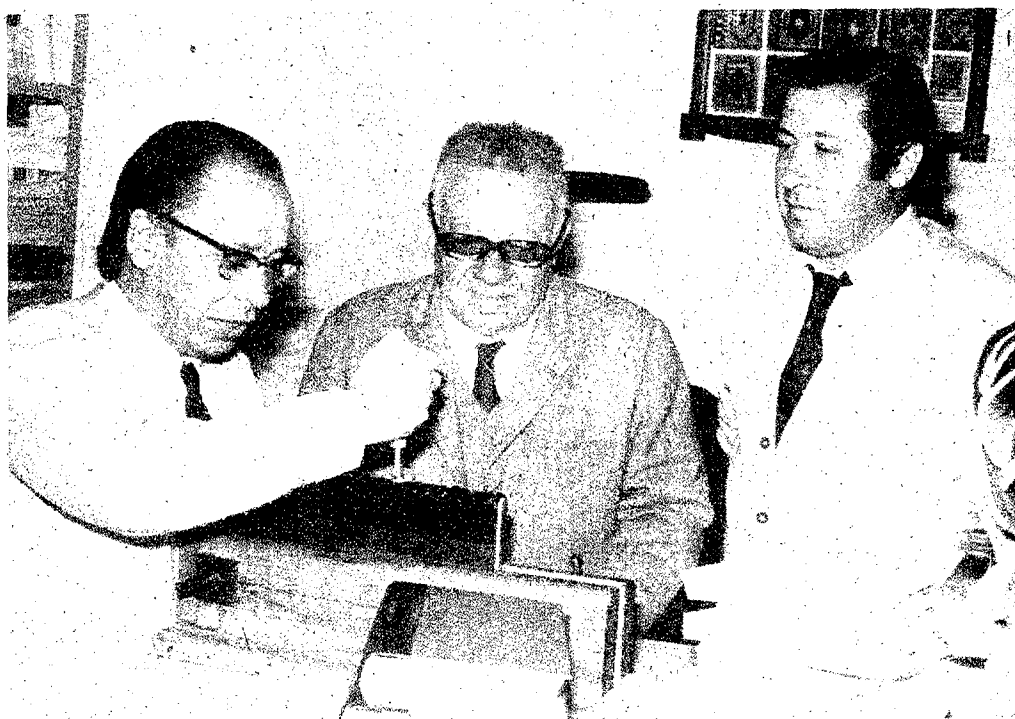
—Estamos, pues, en lo suyo, en su profesión.

—Sí: es entonces cuando el libro está encuadernado, cuando adquiere su verdadero valor, añadiendo al placer puramente literario de su lectura la voluptuosidad del tacto, el olor del cuero, el reflejo y encanto de los oros y los juegos de luces de sus mosaicos.

—La encuadernación. ¿Me hablará de ella?

—¡Hombre! Me hace usted feliz permitiéndome hablar de la encuadernación. Mire: de las profesiones artísticas relacionadas con la decoración, pocas hay que tengan tanta raigambre y gloriosa tradición como la encuadernación. Desde que se encuadernan libros, los artesanos y artistas españoles dieron al mundo ejemplares que han sido trascendentales en la historia de esta artística profesión. Con terciopelos, pieles y toda clase de materiales nobles, los encuadernadores han realizado obras que son como hitos en sus respectivas épocas.

En Barcelona he leído un precioso librito: «El arte en la encuadernación». Y



Mi taller fue y sigue siendo familiar; solamente cuento con la colaboración de mis hijos